

En Marcha, N° 949, Montevideo, 27 de febrero de 1959, pp. 20 y 22.

LA RUEDA EN EL AIRE
Por CARLOS REAL DE AZÚA

Liberalismo y Principismo

I – EL LIBRO DE ODDONE

NUESTRA Vieja Universidad se consustancia con la ideología liberal y la demostración de la señora de Oddone, que en este punto es intachable, resiste a cualquier excepción que pudiera alegarse.

Más adentro, sin embargo, que su veta apologética, esta monografía histórica permite una cala total de nuestro liberalismo y su etiología, una cala sin la cual todos los gestos, actos y propósitos de aquella Universidad parecerían aéreos, inconexos y, en puridad, inexplicables.

Decía hace poco Roberto Ares Pons (MARCHA, 943) que el liberalismo es en América **la máscara ideológica del imperialismo y de las oligarquías nativas** y el concepto tiene hoy una caudalosa versión en la ensayística histórica hispanoamericana. Menos liberales aún que la mayoría de aquellos que lo suscriben, no nos molesta marcar nuestra disidencia con él.

Que el **liberalismo** sea la cohonestación racional de **la europeización** y ésta el correlato socio-cultural (no el único, ni el inexorable) del **imperialismo**, sea. Pero tampoco es imposible observar que no siempre la europeización y su correspondencia decimonónica liberal se agotan en la penetración imperialista. Y esto lo es por cuanto los fenómenos de aculturación y transculturación (el contacto y la interpenetración de culturas) como lo observaba en un brillante ensayo Gilbert Highet son uno de los hechos más constantes de la historia universal y cubren un área mucho más ancha de lo que hoy se entiende, bajo el estímulo marxista, por imperialismo.

Señálese, por una parte, que esa imagen de la **máscara ideológica** que el marxismo originó y hoy se ha universalizado, se atenúa en el marxismo mismo con una aceptación de la sustantividad y autonomía de las ideologías que muchos parecen ignorar y el marxismo no siempre ejerce, pero que en la postulación teórica es casi ilimitada. Pero son, sobre todo, esos elementos de **premeditación** y **deliberación**, ínsitos en esa **máscara** los que introducen en la historia inflexiones psicológico-morales que pueden parecer unas veces superfluas y otras absolutamente improbables.

Desde el exterior de la comunidad nacional se hace del acontecer, entonces, un complot que utiliza ciertos disfraces pero, sobre todo, un persistente complot que se hereda de generación a generación y se sostiene en cuerpos, en instituciones, con una secuencia imperturbable. Eficaz en cuanto consigue probar el pretexto ideológico en una medida de puro interés nacional (pensemos en la gestión Ponsomby en Río, en las conveniencias de

Inglaterra, en la ideología nacionalista de 1830), ya lo es bastante menos cuando se trata de explicar en base a esos móviles psicológicos y morales, a esa voluntad de fraude y de clandestinidad, un siglo de persistida línea de cualquier cuerpo o institución. Digamos del Foreign Office, que es el ejemplo inevitable.

Desde el interior de la comunidad nacional, a la vez, la historia se hace en unos pocos, una traición deliberada que usa pretextos brillantes para vestir simples y nudos intereses. También se hace, para los más, una desarmada inocencia que sufre, con una obscurecida percepción, el complot externo y la traición interna.

Seducción, complicidad, inocencia son así conceptos que tendríanse que revisar el día que algún Lenin emprenda el examen de las enfermedades infantiles del antiimperialismo y esto no quiere decir, por nuestra parte, que no veamos constelada nuestra historia con episodios en los que la seducción, la complicidad y la inocencia brillaron sin equívocos. Si hemos de entender nuestro pasado, el iberoamericano, el de cualquier continente marginal, más profunda, sin embargo, más eficaz, más científica es la clave explicativa que apunta al hecho de una coexistencia objetiva (con todas las correcciones internas posibles) de unos fenómenos que son, o fueron, el imperialismo, la modernización europea y el liberalismo, vividos con general buena fe por los hombres de uno y otro lado del océano, dejando para los bailes de carnaval o las historias de detectives y ladrones la mayor parte (no decimos todas) de las máscaras, los complots, las seducciones, las complicidades y las ingerencias.

—II—

Condicionado estrictamente por una determinada situación social, económica y cultural, trenzado en fuerte cuerda de coexistencias, el liberalismo europeo integró, por otra parte, valores humanos que han sido mucho más duraderos que él mismo y cuya activa operancia conoce, como cualquier otro, nuestro tiempo. Y es, nos parece, a través de esta calidad doble de riguroso condicionamiento y de latencia de ideales, normas y valores incondicionados que un análisis del liberalismo uruguayo tiene que partir.

Hagámoslo, entonces, con ejemplos. Uno puede ser un reciente y encantador libro de Geneviève Bianquis, “La vie quotidienne en Allemagne a l’époque romantique”. El otro, los ya viejos y nutridos volúmenes del viaje del norteamericano Brackenbridge al Brasil y al Río de la Plata (1816). El primero es un retrato de ese superlativo de “Ancien Régime” que fue Alemania hasta 1810 y de las fuerzas que a partir del vendaval napoleónico lo agitaron. El segundo es el enfrentamiento de un radical yanki con el orden esclavista del Brasil, con los restos del orden colonial, con las parodias o las tentativas monarquizantes del Río de la Plata. Próximos en el tema aunque alejados en el espacio, en el tiempo y en la intención, los dos nos dan cierto perfume, cierto sentido del liberalismo que el mundo ha olvidado, cierto ejercicio de una ideología trabajando sobre la carne misma de las cosas. En los dos libros vemos como el liberalismo pudo ser como un fresco sople, límpido y barredor en el que unos cuentos briosos valores humanos orearon todo lo polvoriento, enteco, cruel, ceremonial, inútil de las sociedades de tipo tradicional. Eran valores que no han perimido aunque hoy los veamos o los deseamos en otros contextos y ante otras circunstancias. Eran el de la igualdad contra toda artificial jerarquía. Eran el culto al trabajo

contra todo ocio paramental y triste. Eran el odio al sufrimiento inútil, el sentido de lo concreto y de lo vivo contra todo lo artificial, lo esclerosado, lo estratificado. Eran la cálida fe en la inventiva y la iniciativa humanas; eran el confiado impulso de dominar la naturaleza y hacer del mundo un lugar habitable para el hombre común. La “libertad” solo parecía el gran rótulo de esos fragantes empujes, pero esa Libertad no era una abstracción retórica y aún podría decirse que todos los lemas tenían una tan tensa carga vital, una tan poderosa capacidad de actuación que cuando Brackenbridge, por caso, invocaba a **Razón, Industria y Virtud** contra **Superstición, Ignorancia y Esclavitud** no nos hace sonreír. Y si nos quedamos serios es porque debajo de la piel de esas abstracciones rechinaban los engranajes de la historia.

Cuando en cambio -y aquí ya estamos en el liberalismo uruguayo- los principistas universitarios de la Sra. Paris de Oddone gargarizaban en el 60, el 70 o el 80 sus interminables loas a la Libertad y al irrestricto arbitrio individual ¿en qué sociedad, en qué tipo de sociedad encuadraba esta prédica? Dígase sin circunloquios: una sociedad sin estructuras, sin formalidades, invertebrada, una sociedad cuya única jerarquía interna eran la tierra, la propiedad que el liberalismo santificaba. Una sociedad sin formaciones tradicionales: nuestro Ejército era una risa –y esto sea dicho sin detrimento de la posterior influencia del “militarismo”; nuestra Iglesia, una tenue cosa de escasa operancia y regularísimo prestigio.

La misma entidad nacional era en extremo precaria y una política decidida de fortalecimiento implacable, de recelos, de inexorable desconfianza la canjeaba el liberalismo por sus dogmas de la libertad personal irrestricta y del “individuo contra el Estado.

De todo pudiera inferirse ya una provisoria conclusión y es la del profundo desarraigo de la solución liberal en un aquí y en un entonces; la radical inconexión del mal y del remedio; el radical divorcio de la teoría y de la práctica, que todo ello se produjo y no puede ser sinonimizado.

El desarraigo, lo más notorio, tuvo que pagarse, y se pagó, en varias monedas. La de la mediocridades una de ellas: no es aventurado sostener que, con haber producido el pensamiento uruguayo en otros períodos y bajo otros signos obras estimables, el liberalismo nacional no produjo tal vez una sola página saltante y recordable ni, por supuesto, nada parecido al **Facundo**, a cualquier ensayo de Montalvo, a la **Amalia** de Mármol o a los variados desarrollos de Juan Bautista Alberdi.

Además, como se sabe, los liberales creían en su liberalismo como una fuerza histórica incondicionado, sin límites espacio-temporales de validez, imponible “urbi et orbi”, enfeudada a presuntos y radicales dictados del Derecho Natural. Esta ignorancia de los factores que lo condicionaban (sociales, culturales, geográficos: Europa, clase-media, capitalismo, laicización, individualismo...) es madre de esa “conciencia falsa” con que el liberalismo vivió.

Si es nuestro liberalismo universitario el que manejamos y si éste es por ahora el que nos interesa, ese “perspectivismo”, que se ignora, para en un “clasocentrismo” del que tal vez Varela fue el único en evadirse un poco y que erigió los intereses de una clase patricio-burguesa en normas del orden natural. Si recurrimos a los materiales de la Sra. de Oddone, él es el que explica, por ejemplo, ciertos enfoques desproporcionados de los cursos universitarios, cierta irremediable e infantil desmesura de las más típicas soluciones. Carlos María Ramírez dedicó, por caso, su primer y sonado curso de Derecho Constitucional en 1871, a las libertades individuales; entre estas se particularizó en la libertad religiosa y las de pensamiento y prensa. Es imposible dejar de pensar que esas eran justamente las libertades que interesaban a un reducido núcleo montevideano de oradores, profesores y periodistas de “cultura moderna” pero que esas libertades eran también, de seguro, indiferentes al restante noventa y nueve por ciento de la población de la República. A ese vasto remanente del país sin posibilidades intelectuales o materiales de expresión, sin deseos o sin impulsos de disidencia cultural, sedienta, más que nada, de dignidad civil, de seguridad, de trabajo.

Toda la actividad universitaria del liberalismo se mueve así bajo esa inconfesada condicionalidad histórico-cultural que los propios liberales parecieron incapaces de reconocer. En lo social, por ejemplo, la prédica liberal estuvo teñida por una insistente defensa del individualismo burgués y de las clases medias contra el Estado y el insurgente socialismo, todavía lejano pero ya capaz de alarmar a través de los recelos que le profesaban los patronos europeos. Pivel ha señalado que este énfasis en predicar, al modo spenceriano, “**the man against the State**” refleja las condiciones de las sociedades tradicionales que nuestros liberales, por espejismo mental, por esa falaz, abstracta, universalidad de sus posturas, trasladaban a nuestra tierra. También podría decirse que esas prédicas contra la personalidad del Estado en un país en que el Estado, institucionalmente, vivía en la más extrema precariedad, eran, o valían, la prédica del caudillaje y la anarquía, si el caudillaje y la anarquía, naturalmente, hubieran necesitado justificación intelectual para prosperar.

Aunque Pena, en 1876, y todos los de más (sólo Lavandeira es una excepción por su realismo y su sentido nacional) hablaran con énfasis regular de una clase destituida y misérrima, la esperanza y la intención pasaban rápidamente sobre ella hasta otra estación. Era el propósito de fortalecer a unas clases medias puramente ciudadanas, pues campo era del latifundio y a él era dejado. Ahora bien: de testimonios del propio Pena y de los Ramírez que la Sra. Oddone recoge, es imposible no ver que para los liberales los intereses de una espectral clase media se confundían efectivamente con los del sector comercial y doctoral al que pertenecían.

Es natural que en los términos connaturalmente alienados a su situación con que estos hombres se expresaban: **socialismo**, **clases medias**, etc., sea difícil darse cuenta de a qué realidades concretas imputaban esos términos, pero es evidente la defensa de la visión y los intereses de su clase cuando advertían contra el socialismo, reprochaban a Ahrens y a Krause sus **tendencias socializantes** o se alegraban de que en América no existiera **problema social**, ya que las clases campesina desde el Río Grande hasta la Pampa no parecían contar para ellos.

-IV-

LA primacía de lo ideológico sobre lo material, la perspectiva de lo genérico y lo abstracto desde la que se enfrentaba lo concreto, son también atributos de nuestra mentalidad liberal y no solo de esa variedad más limitada que se llamó **el principismo**. Eso, aunque no solo eso, debe haber sido la causa determinante de que ahondara tan poco en la problemática del país. En el marco más limitado de aquellas sociedades universitarias que proliferan después de 1870 también resultó importante la exclusión del área polémica de todo lo que fuera política y partidos posteriores a 1830. Es fácil ver que si con esa medida se evitaba (se desviaba) una torrentada de pasiones se encerraba el debate universitario en una visión selenítica del país y en un trato irremediabilmente aséptico de su realidad.

Debe haber sido Francisco Lavandeira el único bicho aristotélico en este tropel de siderales; su muerte, el 10 de enero de 1875, cerró una posibilidad que sólo los positivistas, bastantes años más tarde, actualizarían. Es sorprendente, por ejemplo, encontrar en Lavandeira la temprana protesta ante el hecho de que el Uruguay fuera **factoría de los talleres del mundo**, ya que en sus soluciones económicas es más perceptible que en parte alguna esa “conciencia falsa” con que los liberales universalizaban, como presuntos dictados del orden racional, lo que eran los intereses de las naciones comerciantes e inversoras. Seguramente se hubieran quedado estupefactos (porque si había una máscara ellos no eran los que la usaban) si se les hubiera observado que cuando defendían, por ejemplo, el librecambio absoluto (con la sola disidencia que anotábase y la de José María Castellanos) estaban simplemente ajustando las piezas que nos ensamblarían al mercado universal de la “Pax Britannica”; que cuando predicaban como solución -así lo hacía Carlos María Ramírez en 1868- **el ferrocarril a todo trance y la colonización con el elemento regenerador de la raza sajona, ese observador de la libertad y del trabajo que sabe unir a la mística profundidad del sentimiento religioso, la actividad industrial y la energía innovadora de la vida moderna**, estaban repitiendo frases y fórmulas que les venían confeccionadas desde fuera. Estaban sirviendo, con frecuente buena fe, los intereses concretos de naciones ajenas y los abstractos de la propia, de un Uruguay que nada tenía que ver con la comunidad sufriente que malvivía en los campos e invadía ya -¿qué otra salida les quedaba?- hacia conventillos y cuarteles, los arrabales de un Montevideo que empezaba a transformarse en la briosa urbe succionadora del país entero.

-V-

DENTRO de este común denominador del liberalismo y su dinámica fueron **los principistas** uruguayos los que dieron durante una generación el tono de esa Universidad cuyo espíritu e instituciones la Sra. de Oddone ha historiado. Ensamblado en aquél, **el principismo** pierde algo de su descomunal y no siempre subrayada singularidad. Porque ¿qué eran los principistas? Nos gustaría llamarlos los troskystas del liberalismo, los platónicos de la libertad. Un tal tipo humano no deba haberse dado en muchos países de Occidente con el perfil y la cuantía con que aquí se ofrecieron. Se ha trazado a veces la imagen de un principista: un ser austero, rígido, altisonante, que anteponía siempre sus geométricas convicciones (liberales) a todos los dictados del interés inmediato, a todas las deformaciones de la conveniencia (y hasta de la convivencia). Se le ha presentado abstraído

en un mundo de normas, esquemas y valores, impermeable a lo real, incapaz de recibir sus inflexiones, de escuchar sus reclamos.

Tal vez pudiera ser el principista reconstruido, tal vez armado su raro esqueleto, señalando que en él los elementos normativistas de la ideología revolucionaria liberal, actuantes en todo el siglo XIX, adquirieron allí una desusada rigidez. Esta ideología revolucionaria liberal ya implicaba por sí una **laicización** de certidumbres y esperanzas religiosas, a esta latente religiosidad el Romanticismo va a dotarla de otra suplementaria, más cálida, más íntima, más connatural con ella misma. Algo similar ocurre con los utopistas franceses, un Leroux, un Fourier, pero la diferencia clara se marca en la escasa actuación histórica de estos y en la relativamente abundosa que los principistas tuvieron. La innata religiosidad cuajó en ellos en una yerta efusión de grandes palabras, sonoras generalidades, fórmulas resplandecientes. Kantianamente canjearon a Dios por **la luz eterna del deber, por la moral absoluta, por la Religión de la Libertad**. Y lo que es más extraño: durante unos años, al menos, parecieron vivir y caldearse con ellas.

Este gran tema (que esperamos abordar algún día) no queda con esto más que deflorado. Pero el libro de la señora de Oddone ofrece otra pista que nos resulta fundamental.

Con posterioridad a 1870, parece evidente que es la fuerza del ideal juvenil la que sostuvo el impulso de la Universidad en sus peores momentos, en los más amargos. Este ideal, con nimbo y prestigio mesiánico, el mismo que reventaría treinta años después en la clara cresta de “Ariel”, contagió a toda una generación. Y en su pista y en su influencia (esto solo puede ser planteado) el principismo debe, entonces, haber sido la **moralidad generacional, la comunidad juvenil** de la clase directora uruguaya que se inicia en la vida pública entre la muerte de Flores y el motín de 1875 (se ha solido llamársela la del “cenáculo de El Siglo”). Cuando se revisan los roles del principismo se percibe que estaban integrados en su inmensa mayoría por jóvenes y sólo por unos escasos hombres maduros. De los Ramírez hemos dicho lo bastante para que se pueda inferir que si eran los jefes del principismo difícil es considerarlos principistas cabales.

De Vázquez y Vega y de Pedro Bustamante, los dos termómetros de máxima de la secta, militantes y fisiognómicos paladines de la adustez, debe decirse que uno murió demasiado joven para haber tenido tiempo de evolucionar y que el otro era un ser demasiado singular, atrabiliario, cejijunto, como para caracterizar ninguna constelación. El resto juvenil podría en cambio ser bien representado por Julio Herrera y Obes cuando, hacia el 90, recordaba melancólicamente sus años ilusos de **geometría en el espacio**.

Y es que entre el 70 y el 90, la **geometría en el espacio** había sufrido duros embates. Sin trascendentalizar demasiado, al modo de Murena o de Kusch, no sería imposible ver en ella esta devoción a esquema rígidos prestigiados por el pensamiento europeo; uno de los múltiples casos en los que el horror hispanoamericano a un mundo sin formas se refugia durante el siglo XIX en un universo “ad hoc” ideal, en una patria espiritual cuyos perfiles no se volatilizan y cuyo suelo no está manchado por “el pecado original”. En ese “pecado original” habían sin embargo vivido diez años los principistas hundidos hasta el tobillo y parece indudable que cuando pasó la década del militarismo (Latorre, Santos) muchos de ellos comprendieron que habían sido ellos, con su radicalismo, con su prédica demoledora

de todo gobierno, los que la habían traído. La habían traído porque al crear **el vacío de poder** que hacia la época de Ellauri se crea solo el Ejército, como fuerza y voluntad orgánica, apareció capaz de llenarlo. Muerto Flores, el último caudillo con base social y prestigios simultáneos en el campo y en la ciudad, desprestigiada al extremo la clase comercial y bancaria en la corrupción y el caos económico del período de Lorenzo Batlle y Pedro Varela; fracasada así en su primer ensayo sin andadores (esos andadores que con Latorre le serían tan eficaces) de gobernar el país; inhabilitados los propios principistas por espíritu de casta, soberbia y teoricismo, ¿qué era lo que quedaba disponible, qué voluntad sonante y ejercitante restaba, sino la de los cuarteles?

Pero lo que los principistas aprenderían después de 1885 no es tema del libro de la Sra. Paris de Oddone ni puede serlo de estas ya demasiado extensas anotaciones.